



L. Luna Torres

Profesora Asociada.
Facultad de Enfermería. Universidad Nacional de Colombia.

Correspondencia:
Leonor Luna Torres
Facultad de Enfermería. Universidad Nacional de Colombia
Ciudad Universitaria, Torre de Enfermería, Oficina 703
Bogotá D.C. (Colombia)

"Porque son la palabra viva del pasado la lección del presente y la esperanza de nuestro futuro"...

Hoy el mundo enfrenta un inusitado aumento de la población anciana y con ello presenta nuevos desafíos que hacen inaplazable centrar la atención de quienes nos han antecedido en el camino de la vida, primero para recibir sus legados y aprender del sabio, del maestro y del orientador, para continuar la construcción de la sociedad, día a día empieza a ser familiar en muchos países del mundo, aún en sociedades tercermundistas encontrar personas octogenarias y nonagenarias, evento que además de reafirmar el impacto que los avances científicos y tecnológicos han tenido en el aumento de la expectativa de vida del hombre, reconocer su influencia así como precisar en que medida se está aportando a la calidad de vida de quienes hoy alcanzan la etapa de la vejez, mirada que debe estar orientada a aspectos de tipo socio afectivo, cultural, político, económico y educativo.

La vejez se ha visto rodeada de tabúes, mitos y prejuicios, a lo largo de la historia han sido

El anciano de hoy. Su imagen se desdibuja en el tiempo

The image of today's elderly fades with time

contradictorios los conceptos y la valoración del anciano, quien en lugares y momentos de la historia ha estado desde ensalzado hasta despreciado.

El mundo actual, desplaza al geronte a ritmo acelerado; los cambios sociales han generado condiciones de marginalidad para este sector de la población dificultando aún más el proceso de envejecer con dignidad, que de hecho tiene como respuesta lentificación en procesos cognitivos y biológicos y psicoafectivos principalmente.

Lo anterior destaca la importancia del trabajo que desarrollan geriatras y gerontólogos comprometidos en la atención integral del anciano, con la claridad absoluta que en esta iniciativa tienen que estar vinculados ciertos sectores de la sociedad (educación, salud, cultura, trabajo, etcétera) y un sinnúmero de entidades; trabajo que se ha de ver refrendado en rescatar el auténtico valor social del anciano, quien por su legado merece un trato digno y la posibilidad de seguir participando en la vida del país, solo así se construirá una *nueva cultura del envejecimiento*.



104 DESCRIPTORES

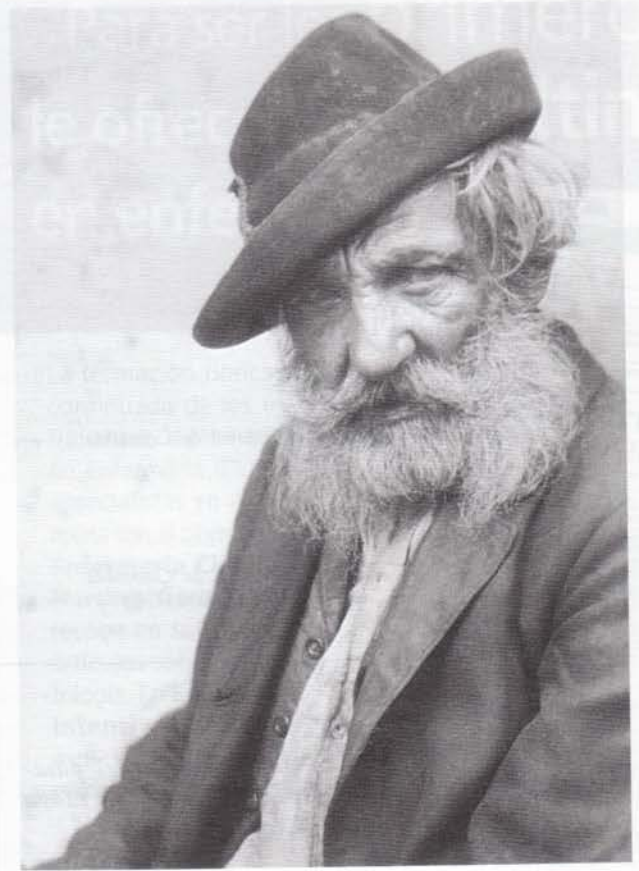
Anciano
Vejez
Mitos
Creencias
Valores
Cultura

Cuanta alegría nos produce la llegada de la juventud, pensamos y esperamos impacientes y ansiosos los 18 años, los 25; pero... ¿anhelamos y pensamos en la vejez? Se puede afirmar que la mayoría de los seres humanos omitimos para sí mismos, la formulación de interrogantes de crucial importancia en relación con esa etapa de la vida: ¿Cómo será mi propia vejez?, ¿Qué circunstancias la rodearán? Siendo que la vejez es el resultado de etapas anteriores, ¿nos estamos preparando adecuadamente para ella? Pero, ¿por qué hay temor a plantear la posibilidad de llegar a ser ancianos? En parte porque se nos ha mentalizado acerca de que la vejez es un período nefasto de la existencia del hombre, la asimilamos como la antesala de la muerte, entonces está rodeada de una serie de prejuicios, mitos y tabúes.

En las últimas décadas en la historia de la humanidad, el envejecimiento se ha visto en términos de carencias, de minusvalías, de fealdad, de enfermedad y de muerte.

Sin embargo, desde la antigua Grecia y la antigua Roma, se vislumbraba la valoración negativa del anciano; para muchos griegos la vejez era considerada como un castigo; testimonian los documentos que Sócrates por ejemplo, no quería que su vida se prolongara hasta la vejez por el temor de pagar el precio que ella implicaba: ser sordo y ciego; otros filósofos presentaban a la vejez como el momento crítico en el que se perdió la razón. Esos conceptos peyorativos acerca de las personas mayores, fueron haciendo carrera hasta quedar grabados en el inconsciente colectivo.

No se pretende afirmar con lo anterior, que toda la conceptualización sobre la vejez haya sido desfavorable, por el contrario, también, desde la antigüedad se destacan situaciones que hablan de la —casi— veneración del anciano. Frente a ese he-



18

cho, recordemos a Platón quien le dio a la vejez un reconocimiento, como la etapa del Ser, en donde la prudencia, la serenidad y la capacidad de juicio alcanzan su máxima expresión. A él se han sumado otros grandes pensadores que incluso presentan recomendaciones para una senectud agradable.

Con el surgimiento de la gerontología y de la geriatría, se diferencian vejez y enfermedad y se incorporan nuevos paradigmas; sin embargo la visión pesimista sobre la ancianidad parece que ha tenido una fuerza implacable y ha dado cabida al fortalecimiento de valores negativos, cuyo efecto ha sido la marginalidad del anciano, condición que varía entre los pueblos y comunidades, dependiendo de patrones culturales y en general del contexto de cada época de la humanidad —se resalta que hay países y culturas, en donde el geronte ocupa y ha ocupado siempre un



19 lugar preeminente, lamentablemente en Colombia se están produciendo una serie de fenómenos que marginan cada vez más al anciano.

En términos generales, al comparar la sociedad de carácter agraria con la industrial, se concluye que la primera contaba con estructuras sociales, económicas, políticas y culturales que le daban al anciano un lugar preferencial y una auténtica valoración; mientras que en las sociedades industrializadas se está con frecuencia ante un proceso que progresivamente y casi sin darnos cuenta, nos lleva a ignorar al anciano.

En las sociedades industrializadas, en donde la ocupación laboral y la tenencia de una renta son elementos que otorgan status, las personas mayores de sesenta años (salvo algunas minorías) se convierten en individuos de categoría inferior. Con el hecho de reconocer el retiro laboral entre los 55 y 65 años se conduce a las personas, aun vitales, a eso que algunos sociólogos y antropólogos llaman la pena de muerte social (Joseph Feriçgla) que en algunos casos va seguido de la aparición de enfermedades somáticas o incluso de la muerte biológica.

En las sociedades industrializadas, es común que los adultos en edad laboral se comprometan a cuidar de los ancianos hasta cuando a éstos no les afecten su situación de confort, de acuerdo con los patrones de su grupo o clase social, en el momento en que ese confort se ve alterado, la solución es el internamiento en hogares geriátricos, lugares a los cuales pocas veces los ancianos quieren entrar; bien porque han llegado a fuerza de engaños o bajo fuertes presiones familiares, son muy pocos los que están por voluntad propia y a gusto.

En nuestro país, al pasar de una estructura agraria-rural a una industrial urbana, los modelos culturales se modificaron; de familias hasta de tres generaciones, abuelos padres, hijos; en donde el anciano ocupaba un papel social de primera importancia, se llegó a las familias nucleares de padres e hijos (por ser los que mejor se adaptan a la sociedad de consumo), y allí no tiene cabida el anciano, entonces toman fuerza conceptos negativos del viejo, acuñados siglos atrás y que lo identifican como el estorboso por lento e improductivo y el que representa una carga que no se soporta y para la cual no se dis-

pone del tiempo que demanda su atención y cuidados. Con la vinculación de la mujer a la actividad laboral —condición que la aleja de la casa—, la solución frente a la responsabilidad con el anciano es recluirlo en instituciones, con el pretexto de que allí será mejor atendido y tendrá la oportunidad de compartir con personas de su misma edad e intereses y muchas veces se le abandona en esos lugares hasta su muerte. Es en ese hecho, en donde radica el verdadero problema del abandono, sumado al desprendimiento forzado de todos sus afectos y de todo aquello que consideran sus raíces, abandono que muchos sufren aun estando bajo el mismo techo con su familia.

De otro lado, resulta contradictorio escuchar —a través de los medios masivos de comunicación—, de un lado, que los ancianos merecen todo el respeto, que gracias a ellos el mundo funciona, que la sabiduría y experiencia acumulada en tantos años son insustituibles y de otro lado a través de los mismos medios, se nos inunda con todo una serie de valores y acciones encaminados a destacar la cultura de la juventud, llegando casi a negar la ancianidad como hecho biológico. Las acciones publicitarias de doble sentido están de moda, pareciera que se le estuviera dando mayor atención al geronte, pero en realidad se le está mirando en función del consumo de productos, planes o programas de ocio con fines lucrativos.

Los estereotipos que nos vamos formando de las diferentes etapas de la vida, hacen que le neguemos el valor a la ancianidad, la rechazamos por ser sinónimo de incapacidad, fealdad y fin de la vida.

Los modelos culturales que se están adoptando ahogan las tradiciones y cada vez se observa que son más los hijos que apartan a sus padres, estableciéndose contacto esporádico, especialmente por vía telefónica o a través de visitas muy irregulares, muchas veces generadas por algún favor o beneficio que revierte en los hijos.

Esta situación que resulta deshumanizante, requiere de una acción intensa para reeducar en valores, desde el niño hasta el mismo anciano, que le den al anciano un justo reconocimiento por su legado, y rodeado de afectividad. Dicha reeducación involucra prioritariamente al Estado,



106 a la familia, a los encargados del cuidado de los longevos y a los medios de comunicación.

Es importante intensificar la investigación social, conducente a desarrollar programas que respondan a las necesidades y expectativas reales del anciano para evitar la implantación de aquellos que de acuerdo con los estereotipos, creemos que hay que ofrecerles.

De otro lado, la labor de los profesionales que cuidan a los ancianos —en un país en con envejecimiento intermedio reviste trascendental importancia, por eso merece total fortalecimiento desde la educación.

También hay necesidad de asumir como política del alto gobierno, la cultura de la anciani-

dad y evitar centrarse excesivamente en la cultura de la juventud. En esto los medios de comunicación tienen gran responsabilidad, especialmente la televisión, la prensa y la radio.

Es esencial inculcar desde las primeras etapas de socialización el respeto y el afecto por el anciano y educar para aceptar la ancianidad como lo que ella es: una etapa natural y biológica del Ser.

Finalmente, como quiera que para un elevado grupo de personas la vejez se agudiza con el retiro laboral, se hace indispensable el incremento de programas de preparación para la jubilación y la ampliación de los centros día —en donde se desarrollen actividades productivas— que hagan sentir útil al anciano.